

EL BELÉN

Por J. M.^a Garrut



El belén, teatro sacro, intimista y miniaturizado, tiene una curiosa historia, que a través de los templarios, de la célebre misa de San Francisco de Asís en Greccio y de las representaciones escénicas del Medioevo, quizá remonta, en su aspecto plástico, a épocas muy anteriores al

cristianismo. Pero aquí se trata de la representación inspirada directamente por el nacimiento de Cristo, tal como es narrada en los Evangelios canónicos y en los apócrifos: representación que ha dado origen a unas formas artesanales y a unas manifestaciones artísticas vivamente populares.

A

l tratar del origen de esta escenificación navideña, hay que buscarlo en los textos evangélicos y en la conjunción de mil hechos diferentes. Pero la brevedad austera del Evangelio, que explica el hecho sin nada que le sobre, fue motivo que los artistas buscasen inspiración en los evangelios apócrifos, que tienen algo de versión folklórica de los libros sagrados. Por este motivo, en muchas escenas intervienen personajes que no son los que integran de modo estricto el Nacimiento y vienen justificados por estas narraciones.

Lo primero que cuenta es el hecho y después la devoción hacia el mismo, y una de las influencias de la devoción al Nacimiento fue la propagación, fomentada por la orden de los Templarios, hacia el culto de Jesús recién nacido y del Santo Sepulcro, los cuales vienen a ser las dos realizaciones del pesebrista actual: el Pesebre y el Calvario, uno por Navidad y otro en Semana Santa.

Primero serán las representaciones planas, pintadas, como las de las catacumbas, figuración esta que es la más antigua. Después pasará a los templos. Eso comporta una devoción al misterio sin la cual no habría Pesebre. Hay un cúmulo de hechos que habrán influido de modo directo, como las diversas revelaciones de algunos santos: Santa Brígida de Suecia, en el siglo XIV, tuvo la visión del parto de la Virgen y, asimismo, hay la tradición de la aparición del Niño Jesús durante la misa de Navidad a San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, San Cayetano y San Antonio María Claret. Todas esas apariciones y visiones influirán en la devoción de las respectivas comunidades religiosas, que intensificarán dicha devoción al misterio de Navidad y, en consecuencia, propagarán el Belén. Otra influencia importante se debe a la *Leyenda Aurea*, de Vorágine, y otros textos que permiten al artista manifestar su potencia creadora y su fantasía particular, contribuyendo, sin duda, en la iconografía del Nacimiento.

La noticia a mediados del siglo VII de que en Santa María la Mayor, de Roma, existe un pequeño oratorio con la estructura semejante a la cueva de Belén, es un documento estimable de la tendencia a la reproducción escénica del lugar del nacimiento de Jesús para promover la devoción de los fieles. Igualmente pueden ser antecedentes el teatro religioso, los misterios del Nacimiento que se montaban en el templo y

más tarde en el exterior, hasta que los prohibieron. Podríamos citar entre estas representaciones el *Auto de los Reyes Mayos*, del siglo XIII, emparentado con el *Oficio de la Estrella*, celebrado en algunas catedrales francesas por la noche de Navidad y, asimismo, la representación dramática del *Cant de Sibil·la*, viva aún en las iglesias de Mallorca. Pero le da un indudable empuje San Francisco de Asís con aquel episodio de la Navidad de 1223, celebrando una original misa de medianoche en Greccio. No puede afirmarse que San Francisco sea el inventor de los Pesebres, aunque sí el impulsor de la devoción al Nacimiento a través de las ramas de su origen.

Todos estos antecedentes citados, unidos a la devoción franciscana, son motivos suficientes para que se aproxime el momento de cristalizar en esta representación, que todavía hoy tiene un esplendor y una vigencia. Pero hay otros antecedentes que, sin duda, enlazan la costumbre, abierta aún, con la íntima de los hogares. Nos referimos a la representación en la catedral de Valencia de la *Loa del Misteri del Naixement*, a comienzos del siglo XIV; y en la procesión del Corpus celebrada en Barcelona en el siglo XV, asistían los llamados «entremeses», o sea: cuadros y escenas de la vida de Jesús, entre otros el Nacimiento, los tres reyes a caballo, la Visitación, etcétera.

La representación plástica más antigua documentada que dan los textos extranjeros es la de un Pesebre de los jesuitas de Praga en 1562, un Pesebre en una iglesia; pero otro documento certifica la existencia de uno de carácter familiar de la duquesa Amalfi Constança Piccolomini d'Aragona, en 1567.

La primera representación plástica de que tenemos noticia en España es anterior a la de Praga y certifica la existencia de un Belén del año 1300 y pico, que no responde, naturalmente, al concepto que hoy le otorgamos, pero que posee las características necesarias para considerarlo así. Perteneció al siglo XIV y es, según los inventarios, cierta valiosa pieza de orfebrería y esmaltes de la catedral de Barcelona, que se colocaba, al parecer, por Navidad en el altar mayor. El documento nos lo dio a conocer Mn. José Mas, archivero de la citada catedral, copiado de un inventario del año 1522. Otro Pesebre notable es el del «Hospital de la Sang». Parece ser de finales del siglo XV y, sin duda, es obra italiana. Existe una leyenda que confirma la llegada de este Pesebre de tierras lejanas. Una embarcación



Fresco del Giotto en la Basílica de Asís, representando la famosa celebración de la Navidad por San Francisco, con la imagen del Niño Jesús junto al buey y la mula de arcilla.

perdida en el mar trata de orientarse en una noche oscura y se salva gracias a una luz que ven en el horizonte. El patrón de la embarcación llega a puerto, pregunta de dónde parte la luz y resulta ser el convento de Jesús. La promesa del patrón era dejar alguno de los valiosos objetos que transportaba y el padre guardián del convento escogió este Pesebre, hoy en la capilla del hospital, que, a su popularidad une la veneración del pueblo pamesano.

DEL BELEN DE IGLESIA AL PESEBRE DE SALON

El Renacimiento constituye un impulso para esta escenificación, que aún está recluida en el ambiente religioso de los conventos e iglesias; pero el Protestantismo, enemigo de toda idea extralitúrgica, ataca

las costumbres populares y llega a malherir el Pesebre, lo que provoca una reacción a su favor en todo el mundo católico.

Además de estos hechos, muchos otros vienen a colaborar en esta convergencia hacia lo que hoy es el Belén. En algunas iglesias existe la devoción a la imagen de la Virgen con esta advocación: Nuestra Señora de Belén en Barcelona, en plenas Ramblas; el santuario de Belén, en las vertientes del Tibidabo, hoy desaparecido; la Virgen del Pesebre en el monasterio benedictino de San Miguel de Cuixá, en el Conflent; la Virgen de Belén, venerada en su ermita de la Puebla de Sancho Pérez, en Badajoz, y en tantos lugares más; así, en el extranjero, la iglesia conocida por Nuestra Señora del Parto, en Nápoles.

Es de creer que del mismo modo que encontramos ermitaños que iban pidiendo limosna en favor de su ermita con una capillita colgada al cuello con la imagen titular, así sucedería con esas dedicadas al Nacimiento. Si imaginamos que el ermitaño o limosnero llevaba una capilla con el Naci-

miento bajo unas rocas, una cueva o un establo y adornado con flores y hierbas, tenemos ya un Pesebre, que podríamos llamar portátil, como se hace en algunos países eslavos, Checoslovaquia, por ejemplo, y como se hace también en Guipúzcoa. Lo hemos presenciado diversas veces y recordamos en Pasajes de San Juan, localidad cercana a San Sebastián, donde bajo el alero de la casa de Víctor Hugo, unos niños cantaron unas canciones navideñas en lengua vasca, llevando sobre parihuelas un Belén. Esta costumbre se estila en otros puntos, tal Méjico, si bien ésta consiste en trasladar un grupo de la Sagrada Familia, cantando, en reparación por no haber sido alojados cuando solicitaban posada. Ello se relaciona con la costumbre, aún vigente en Centro Europa y viva en Cataluña, de la «Visita domiciliaria de la Sagrada Familia», una costumbre piadosa perteneciente al mismo tronco común del Pesebre portátil. Estos ejemplos en plena calle y la costumbre de

las capillitas de vecindad, serían como el traspaso del Belén, desde las iglesias a las casas, como una reacción contra la Reforma, con la Compañía de Jesús al frente del movimiento, unido a la gran devoción que ésta tenía al Nacimiento.

El motivo es suficiente para que esta costumbre se encuentre en el instante de conjunción con otros hechos múltiples y diversos, y en el momento de aparición del estilo barroco, que tanto influyó en el Pesebre. Durante los siglos XVII y XVIII, la fisonomía del mismo va perfilándose y adquiriendo personalidad, dando lugar al llamado «Pesebre de salón», fijo, estático y con culto todo el año, culto intensificado los días de Navidad. Y al llegar al siglo XVIII, sus temas son antecedentes románticos, con toda la potencia anecdótica que es la riqueza de los Pesebres de la época. Aparecen entonces los de carácter escenográfico con figuras de cartón pintadas y recortadas, modalidad que fue el último anillo del viejo teatro



La Sagrada Familia en imágenes destinadas al belén navideño. Son obra de Ramón Amadeu, cuya vida cabalga entre los siglos XVIII y XIX.

litúrgico, de los cuales nos han llegado hasta nosotros algunas reminiscencias, como el Pesebre que hubo en la parroquia de San Francisco de Paula, de Barcelona, con figuras de Ramón Amadeu y escenografía de Soler y Rovirosa; el de Santa María Novella, en Roma, o el de la parroquia de Linz, en Austria, entre otros muchos. También es el momento de los Belenes dentro de escaparates y vitrinas o globos de cristal, que ya indican aquel culto permanente citado.

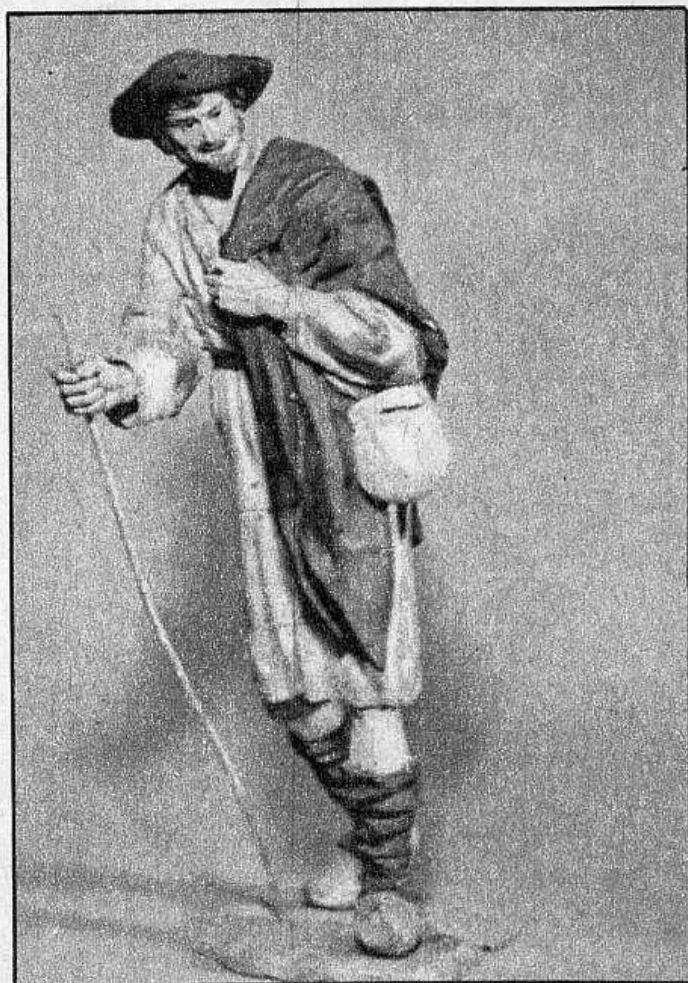
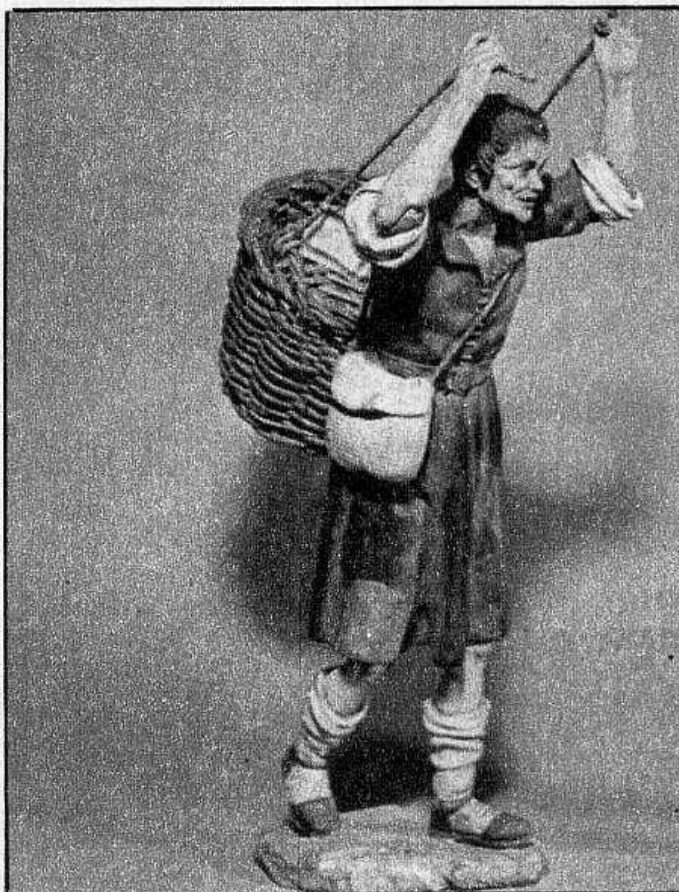
Y llega el momento de la introducción del Pesebre en los hogares; primero en las mansiones reales y de nobleza, y así lo hace Carlos III en Nápoles durante su reinado y más tarde como rey de España, dando ejemplo con su afición, que es imitada por toda la Corte y satélites de la casa real. Más tarde, popularizándose a todas las clases sociales, invade los domicilios particulares, y si las advocaciones más frecuentes pasan a tener sus capillas o imágenes en las habitaciones domésticas, así entra la devoción al Pesebre. Con todo eso viene aparejada la aparición del autor anónimo que modela figuras intuitivamente, casi por azar, sin llegar a una artesanía primaria; esta aparición concuerda con la citada extensión del Pesebre a todos los estamentos populares, la correspondiente «democratización», que motiva también que el Pesebre, desde este momento, sea una realidad folklórica con todas las características necesarias.

Son los tiempos en que en Nápoles se populariza la costumbre con un gran empuje y se extiende por toda Italia, debido en gran parte a la propagación franciscana, a la existencia de aquel Belén en la Basílica Mariana de Roma y al gran número de conventos, conservando, sin embargo, las características de cada región.

PLENITUD DEL BELEN EN ESPAÑA

El Belén adquiere en España su plenitud durante el siglo XVIII, sobre todo a fin del siglo con la llegada de Carlos III. Artistas valencianos ejecutan el llamado «Belén del Príncipe», según encargo de este monarca para su hijo Carlos IV, Belén con centenares de figuras napolitanas, traídas por este rey, al que se le conoce también como «rey pesebrista».

En la península tenemos unos centros característicos: Cataluña, Mallorca, Murcia



Los pastores que van a adorar al Niño Dios son también figuras insustituibles en cualquier belén.



A la izquierda, belén napolitano del siglo XVIII guardado en el Museo Marés de Barcelona. La riqueza de los detalles y la armonía de la composición revelan un gran talento artístico, cualidades que también se manifiestan en esta fotografía parcial de un belén de nuestro tiempo (arriba).



y Andalucía, con figuras populares que visten a la manera regional y cuya producción va del siglo XVIII a nuestros días, si bien desde hace algunos años esta modalidad ha ido en decadencia. El Pesebre adquiere, especialmente en Barcelona, una influencia que se extiende por el área catalana y valenciana, al fundarse una entidad, la «Sociedad de Pesebristas» en 1863. De esta forma este fenómeno intimista que es el pesebrismo, con su aspecto artístico, de una parte, y popular, folklórico, por la otra, mantiene una forma continuada y llena de vida. Refleja esta inquietud navideña de muchos pueblos de Europa durante los meses fríos del tránsito y entrada al solsticio de invierno, con su ambiente artesano lleno de reminiscencias barrocorrománticas, que, con su persistencia, le ofrecen este carácter sin confusión alguna.

SINTESIS DE LAS ETAPAS DEL PESEBRE

Basándome en un ensayo extraordinariamente certero y ágil debido a Ernesto

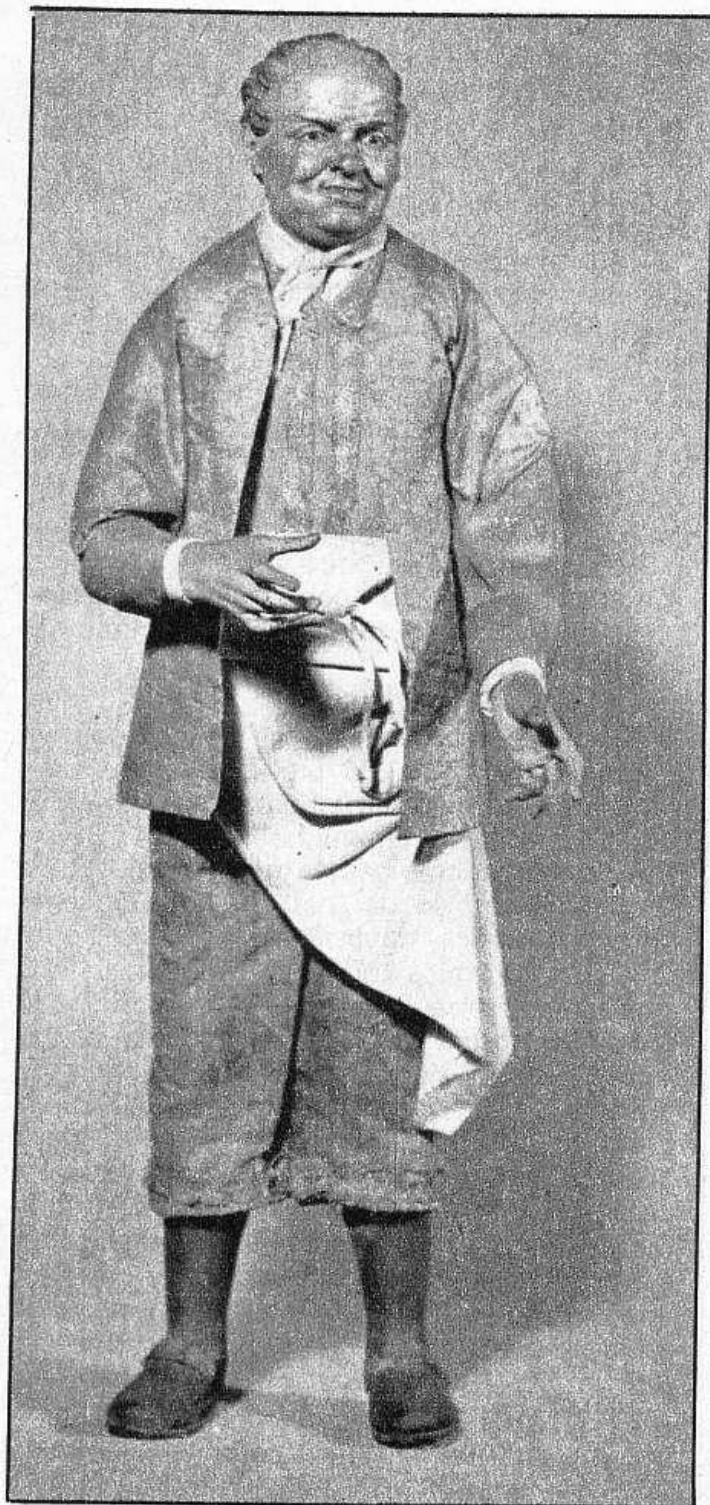
Giménez Caballero, titulado «El Belén de Salzillo en Murcia», que lleva el subtítulo de «Origen de los Nacimientos en España», aparecido en 1934 y que fue premio nacional de Literatura, podemos establecer esas etapas y añadirle alguna más para llegar al ciclo actual.

La primera etapa es la de la «Iglesia». El Pesebre nace en los templos; la devoción al Misterio motiva la dedicación de altares y surgen las figuras pintadas o esculpidas. Esas esculturas toman incremento hasta llegar a ser figuras completas, móviles, que cambian de posición cada año al llegar la fiesta de Navidad, en la cual se adorna el altar con flores y plantas y se les dedica un culto especial que, poco a poco, adquiere mayor importancia con añadidos escenográficos. Esta es, pues, la primera fase del Nacimiento.

La segunda etapa será la «Aristocrática». El Belén se extiende entre las clases nobles y señoriales, después de un tránsito por eremitorios y humilladeros hasta penetrar en el hogar de estas mansiones. Este Belén será en un principio estático, situado en la capilla u oratorio del palacio que, sin embargo, adquirirá movimiento, será transportable, se montará todos los años.

Tercera etapa, la «Democrática». El Pesebre se introduce en todas las capas sociales. Aquel Pesebre rico, ambicioso, en el que intervienen artistas de talento, perderá categoría al popularizarse, pero adquiere otra que hoy estamos capacitados de apreciar y valorar. Es el hecho folklórico, con sus valores primarios, nacido en lejanas raíces, con el sabor de la naturaleza, de este arte «del azar» como lo califica Ortega y Gasset, valor de la obra anónima y genérica, pero llena de una emoción particular en muchos casos.

Cuarta etapa será la «Social». Cuando algo está en peligro, para defenderlo, se organizan los que intentan mantener aquel motivo o tradición; por eso aparecen en el panorama europeo algunas entidades que ya se titulan *pesebristas*. Se conocen la de Wens in Pitztal, en el Tirol, de 1860 y la de Barcelona, de 1863, con antecedentes documentales que hacen suponer que con anterioridad a esa fecha existió algo parecido. Sin embargo, recientes investigaciones llevadas a cabo por el etnólogo checo Alfred Karasek Langer, han descubierto en los archivos de la Compañía de Jesús, en Roma, Viena y otras localidades, que en 1650 ya existían asociaciones de «Amigos del Pesebre», impulsadas por los jesuitas y con fines piadosos. Lo cual nos indica la



Otra figura de belén, con la curiosa particularidad de un traje del siglo XVIII.

existencia de un movimiento en el siglo XVII que decayó en este aspecto para sobresalir en otro, en el aspecto más popular, introduciéndose a través de los estamentos sociales poderosos y representativos y extendiéndose luego a todas las clases de la sociedad.

La quinta etapa será la «Internacional». Una vez asegurada su existencia, las entidades y los amantes de esta tradición trataron

de conocerse y de establecer un contacto permanente y se crea la Federación Internacional Pesebrista en 1952, es decir, pasada la II Guerra Mundial, que toma el nombre de *Uniersalis Foederatio Praesepeistica*, y cuya fundación tuvo lugar en Barcelona en dicha fecha con la celebración del primer Congreso Pesebrista Internacional.

Podríamos añadir otra etapa, que es la última. Al volver Europa a recuperarse de la última guerra, con una euforia económica que jamás había alcanzado, aparece esta fiesta de Navidad como una explosión, lo que hemos llamado el «boom» navideño y pesebrista. En consecuencia, también la tradición, con indudables evoluciones, ha alcanzado un índice de propagación y de vida como nunca la tuvo, perdiéndose, sin embargo, el carácter intimista y local que tenía en los siglos XVIII y XIX.

He aquí las seis etapas de esta tradición emotiva y poética celebrada a finales de año. Una teoría de hechos y de acontecimientos que nos han conducido a esta última fase de su evolución. Sin duda no terminará aquí y ya se vislumbran ciertos caminos que todavía no sabemos qué dirección van a tomar. Este es, hasta el momento, el punto final.

LAS FIGURAS POPULARES DEL BELEN

Los personajes estáticos del Pesebre constituyen su iconografía y son los que dan vida y sabor al paisaje y a la arquitectura y centran su importancia, porque intervienen entre otras el grupo central, la Sagrada Familia, para la que se celebra la fiesta. Esta iconografía, cuando el Pesebre ha cristalizado en algo definitivo, tiene dos vertientes que ya hemos citado: la popular y la artística. Estas figuras que llamamos populares venían a ser los mismos personajes que poblaban las localidades con la indumentaria contemporánea de ellos. Y el pueblo que representaban en el Belén era el suyo, o una convencionalidad que les hacía imaginar que era igual al propio. Jesús nace en un establo cercano a la población; el posadero nota algo anormal y descubre que ha nacido Jesús y le falta tiempo para avisar a toda la población, y son entonces los diferentes estamentos que van en fila india a adorarlo, abriendo la procesión el alcalde, los guardas forales, el cura párroco, los monagillos y todos los representantes de los oficios, gene-

ralmente rurales: el labrador, el pescador, el cazador, la lavandera, en fin, todas las figuras más o menos características de una población rural. Referente al Pesebre andaluz, este tipo que analizamos llegó hasta nuestro siglo. Un testimonio de peso es el del gran escritor Jacinto Benavente, que dice: «Yo he visto un nacimiento en que junto al portal de Belén había una iglesia con su campanario y un monaguillo que tocaba a misa, y más lejos una cuadrilla de toreros celebraba con una corrida —suponemos que regia— el nacimiento del Niño Dios, y por un puente atravesaba un ferrocarril, y esta disparatada mezcla de tiempos y de costumbres da la más clara impresión de catolicismo, porque nos decía cómo Jesús nació para todos los siglos y para todos los hombres». Testimonio, según hemos dicho, de lo que fue el Pesebre popular, la actualización, la «presencia» del hecho histórico del nacimiento en el ambiente local, con todos los anacronismos que comporta, con toda la inconsciencia primaria que expone la verdad y la universalidad de la narración según la versión popular, esta cultura hoy lejana, pero persistente aún, incrustada en una civilización que es la suma de muchas culturas a través de algunos milenios.

EL PESEBRE ARTISTICO

Aunque convencional, admitimos esta calificación para entendernos. Podríamos decir también el Pesebre ambicioso, con mayores inquietudes, en fin, el que dispone de medios para llevar a cabo una obra con pretensiones.

Hay diversos tipos, casi tantos como comarcas, y cada geografía tiene sus particularidades. El «Presepio» napolitano, que es uno de los que ha mantenido mayor personalidad, es una mezcla de arte y populismo. El hecho de que toda la nobleza partenopea realizara sus grandes Belenes, motivó que los escultores de los siglos XVII y XVIII, en particular, trabajaran para satisfacer los deseos reales y de las casas principales de la región. Viene tipificado por sus grandes dimensiones con multitud de figuras. En el centro, el Nacimiento, en general, bajo unas ruinas clásicas, influencia de los primeros descubrimientos realizados en época de Carlos III en Pompeya. A los la-



*Personaje del siglo XVIII
para un belén con todos
los anacronismos.*

dos, en la izquierda, el «anuncio a los pastores», y a la derecha, lo que llaman la «taverna», donde las escenas típicas y anecdóticas se suceden con profusión. En el «Presepio» napolitano no puede faltar jamás esta escena que es algo consustancial y permite dar la anécdota, casi el chisme diario de lo que sucede en la capital de Vesubio. En esta época, las figuras son de maniquí, con vestidos postizos, los cuales reali-

*A la derecha, adoración de los pastores
debida a Salvador Masdeu (1856-1918).*

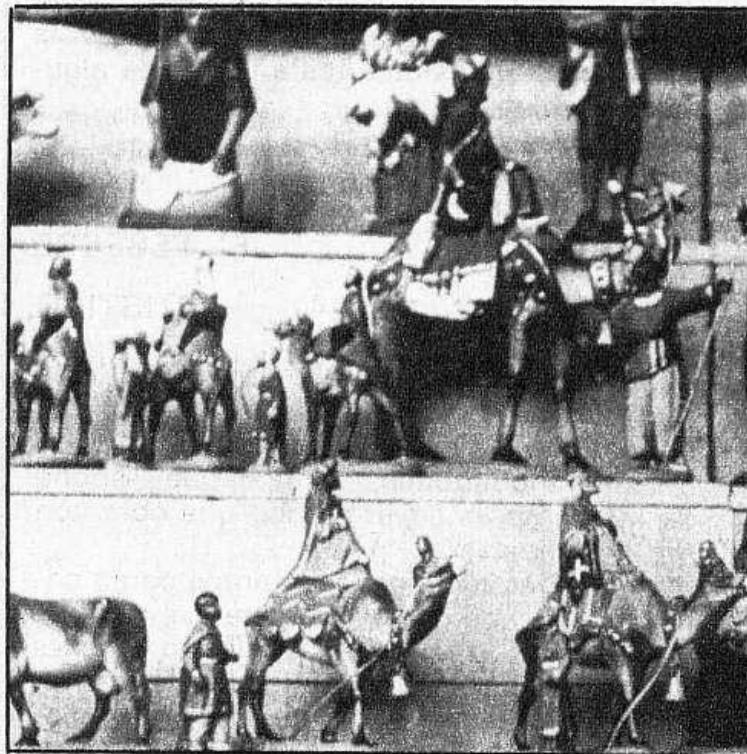
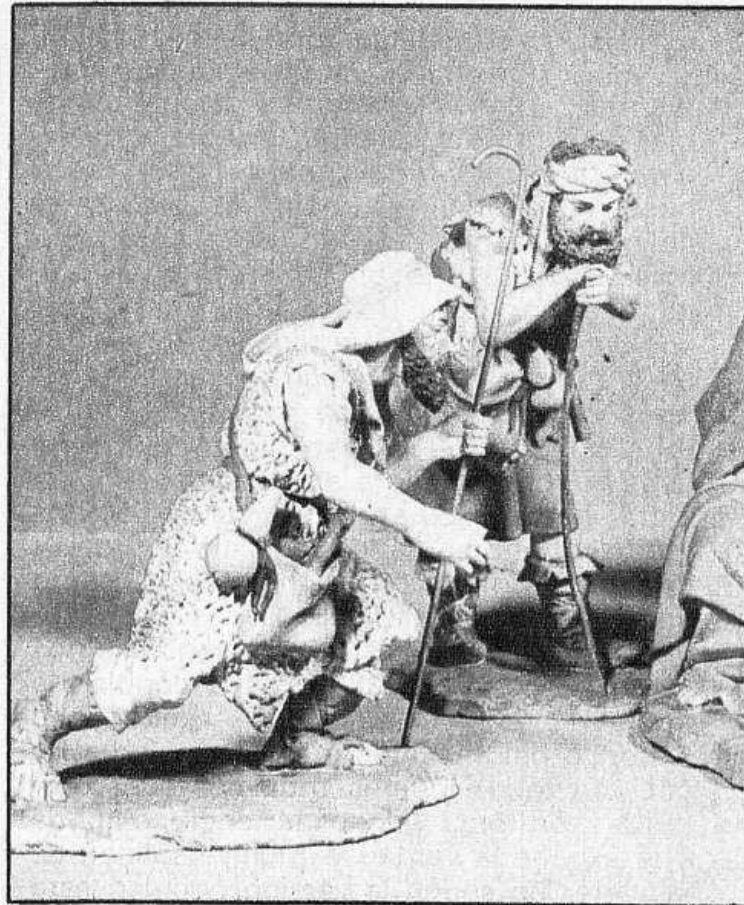
*Abajo, figuritas modernas, parecidas
a las que se exponen
en los puestos callejeros.*

zaban las damas. La reina, acompañada de su corte de honor, se pasaba horas y horas en sus habitaciones de Capodimonte, cortando y cosiendo los vestidos de las figuras del Belén real. Por eso la moda era lanzada por las propias figuras, creación de las damas de la corte, sin duda asesoradas por técnicos en el vestir del momento.

En cambio el Belén germánico es distinto, con tener una influencia del napolitano. Allí se ha dado siempre mayor valor a las figuras que al paisaje, y el primer término adquiere una primordial importancia.

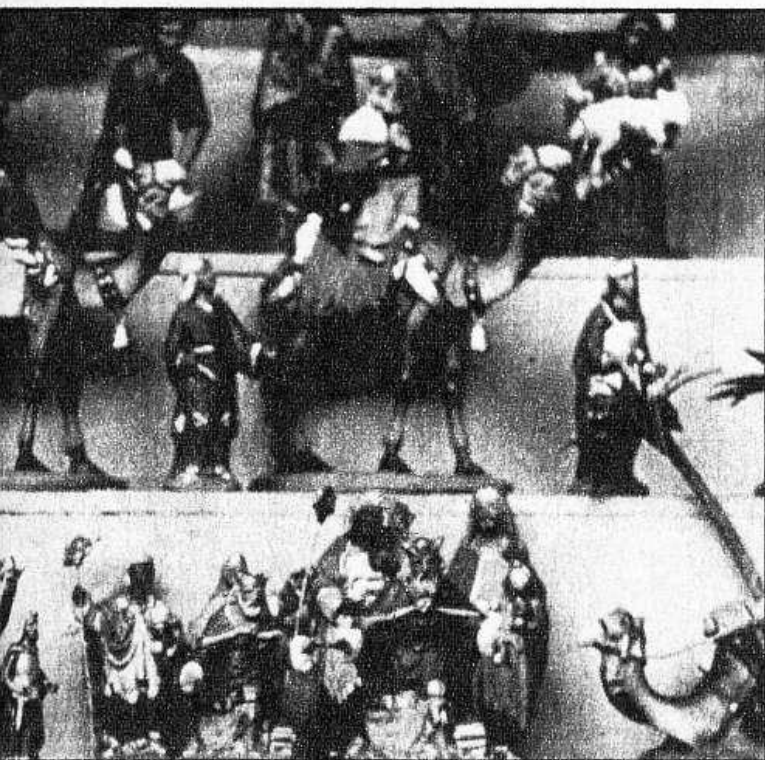
En España han habido diferentes tendencias. En Castilla, sin duda por la aportación real, tuvo mayor influencia el Belén napolitano que no en Levante. Cataluña se sirvió de la tradición popular, dignificada diríamos por la intervención de artistas de nota. Pero a pesar de su modernidad conviene tener en cuenta la revolución técnica que ha sufrido el Pesebre a través de la «Escuela de Barcelona»: Este, digamos, invento, se debe al fundador de la segunda Asociación Barcelonesa, sucesora de la de 1863: Antonio Moliné. En vísperas de la Navidad de 1912, Moliné estaba construyendo un Belén en un convento de la calle de Montseny, en la barriada barcelonesa de Gracia. Como no podía resolver un problema paisajista en corcho, se le ocurrió utilizar el yeso que había dejado un albañil que hacía algunos remiendos en la obra del convento. Y al comprobar las posibilidades que ofrecía este material, en años sucesivos utilizó solamente aquél. La sorpresa del pesebrismo local fue mayúscula y a los pocos años todos utilizaban la escayola para realizar sus Belenes. Y así se ha divulgado y perfeccionado, no sin que esté en el peligro de caer en un manierismo, esta técnica que se ha extendido por todas partes. Un procedimiento, podríamos decir, que ofrece muchas posibilidades y que aparece con la aplicación de la moderna luminotecnia. Esto no quiere decir que el Belén de corcho y musgo quede al margen, sino que tiene también sus cultivadores y sus defensores.

Dentro de la escenificación adquieren suma importancia las figuras. En general, los escultores famosos intervienen en al-



guna ocasión, si no con dedicación completa, con intervención más o menos esporádica, pero pocos han dejado de modelar alguna figura de Belén.

Es España contamos con nombres como Francisco Salzillo, en el siglo XVIII, que realiza un gran Belén para la casa señorial de los Riquelme, en Murcia; Ramón Amadeu, cuya vida cabalga entre los siglos XVIII y



XIX, que alterna durante su larga labor la escultura imaginera con las figuras navideñas, de las que realizó millares. Luisa Roldán, la ilustre escultora sevillana, modela grupos de Nacimiento que son una pura maravilla, y así, multitud de ellos con un elenco que sería largo de enumerar. Domingo Talarn, que abarca todo el siglo XIX, es un virtuoso del barro; con una facilidad

de modelado prodigiosa y con una influencia historicista, monta la que podríamos llamar la gran ópera belenista de su tiempo, con preocupaciones arqueológicas y orientalistas. También Damián Campeny —siglos XVIII y XIX—, que es un escultor cumbre del Neoclasicismo, modela durante su vida algunas figuras, muchas de ellas perdidas.

Vemos, sin embargo, que hay dos tendencias: la que sigue la tipología local y la orientalista. Podríamos decir que Salzillo y Amadeu siguen la primera; Talarn, la segunda. Incluso modernamente hay continuadores de las dos. Martín Castells es un seguidor de la posición talarniana, como lo fue también el madrileño Luis Buendía y como lo fueron con anterioridad Lino Félix y Salvador Masdeu, en tanto que José Carratalá y José María Brull son continuadores de la tradición amadeuista y salzillana. Y es de notar que han sido muchos los escultores que iniciaron su vocación artística modelando figuras de Belén. En este sentido podemos citar escultores tan notables como José Clará y Manolo Hugué.

Por lo que vemos, dicha tradición, la de las figuras, no se ha interrumpido en nuestro ámbito y existe una continuación que cubre las necesidades de esta afición navideña. Y si hurgáramos en otras latitudes encontraríamos también que desde el siglo XVII hasta hoy, diversos artistas, algunos notabilísimos como sucede en el caso de Nápoles, toman parte, y muy activa, en atender esta demanda selecta del pesebrismo de cada momento.

Y finalmente podríamos agregar que entre el Pesebre popular y el de ambición artística existe hoy el Pesebre espontáneo, aquel que se monta a base de unas figuras, las que sean, con elementos a mano, con un sentido decorativo y un pulso de audacia que es el mejor presagio para el desarrollo siempre evolutivo de cualquier arte, sin cuya evolución no existiría la tradición.

Se ha dicho que Navidad sin Belén, no sería Navidad. En los cinco continentes encontramos que esta tradición nacida en el Mediterráneo tiene vigencia actualmente. América del Norte y del Sur, con diversas asociaciones que lo propagan; en algunos puntos de Asia, por introducción de los misioneros y la influencia de Occidente; en Africa, como en el caso de Kenya, con un arraigo casi comparable al nuestro y con adaptación al clima y a la raza. Y, en fin, un pequeño mundo, el mundo de las figurillas de Belén, que constituye el grano de arena en la paz deseada y nunca satisfecha. □